

dos archivísticos muy consistentes pero hasta hace poco abandonados a la incuria. Por otro lado, estos fondos permiten nuevas líneas de investigación y la verificación de los lugares comunes del papado de Cappellari. La «innovación», por ejemplo, se plantea cuando se estudia la clase dirigente que surge durante el pontificado gregoriano: Aurelio Saffi, Marco Minghetti, Luigi Carlo Farini, Luigi Pianciani, Diomede Pantaleoni... ¿Cómo pudo surgir en un estado pontificio reaccionario una pléyade de personajes de primer rango en la cultura, administración y en la política? De hecho, muchos de ellos acabarán en las filas de Cavour...

Los trabajos repasan la trayectoria vital de Gregorio XVI: su vida monástica (1783-1826), el Conclave de 1830, su programa reformista de la administración de los Estados Pontificios y la restauración de la Iglesia latinoamericana después del proceso de independencia de las antiguas colonias españolas, su relación con distintos territorios pontificios (Umbría,

Lazio, las Marcas, las Legaciones...); el papel de protestantes y judíos respecto al papado gregoriano, aspectos culturales del pontificado: Gioberti, Rosmini, la cultura de los intransigentes, modelos de formación sacerdotal... y también el papel crítico de la prensa: Monaldo Leopardi (*La voce della ragione*) y la prensa periódica durante el pontificado.

Aunque este apresurado elenco puede dar una sensación de dispersión, la lectura del volumen ofrece una visión coherente (tanto desde el punto de vista temático como cronológico) del entero arco del pontificado y además muestra un equilibrio notable desde el punto de vista historiográfico gracias al abundante uso de las fuentes de archivo y a los acertados *status quaestionis* que suelen introducir los trabajos. Por otro lado, el completo índice de nombres final facilita las búsquedas selectivas.

Santiago CASAS
Universidad de Navarra

Juan B. VILAR, *La diócesis de Cartagena en el siglo xx.*

Una aproximación histórico-sociológica

Prólogo de Manuel Revuelta González

Biblioteca de Autores Cristianos (Estudios y ensayos BAC Historia), Madrid 2014, 153 pp.

Juan Bautista Vilar Ramírez, Catedrático Emérito de Historia Contemporánea de la Universidad de Murcia, ha publicado cuarenta libros y un centenar de artículos sobre temas diversos, entre los que la historia religiosa no ha sido uno de los menos frecuentados. Pionero de los estudios sobre el protestantismo español, estudioso también del judaísmo norteafricano, antes del libro que reseñamos había publicado ya, entre otras obras, una monografía sobre el obispado de Cartagena durante el Sexenio revolucionario (1973) y una biografía del cardenal Belluga (2001).

El subtítulo de esta ambiciosa síntesis del profesor Vilar está bien elegido porque, como dice Manuel Revuelta en su breve prólogo, «al aplicar a su objeto de estudio los métodos sociológicos, en este libro no se ignora ni se niega al alma de la comunidad cristiana, que es la fe de los creyentes; pero se prescinde de ella en la presentación de las personas eclesiásticas o de las instituciones religiosas». La evolución de la espiritualidad de los católicos murcianos a lo largo del siglo, a pesar de las ocasionales alusiones a la religiosidad popular, no es asunto abordado en este libro.

Después del prólogo y de una también breve «Introducción» del autor, el libro se organiza en tres capítulos: el primero define el marco geográfico y el contexto histórico de la diócesis cartaginesa a lo largo del siglo XX y en él se narran los cambios producidos en el ámbito espacial de la diócesis hasta su actual correspondencia con los límites de la Comunidad Autónoma murciana de hoy, además de detallarse su organización interna.

Le sigue un segundo y extenso capítulo sobre los obispos de Cartagena y su actuación pastoral. Después de recordar los cambios a lo largo del siglo en el proceso de selección y designación de obispos, desde el tradicional (y renovado por el Concordato de 1953) privilegio de presentación de obispos por el Estado hasta el nombramiento directo de los mismos por la Santa Sede después de la renuncia a dicho privilegio por Juan Carlos I en 1976 (pero no, como afirma el autor, a instancias del Gobierno socialista de Felipe González, que llegaría al poder unos años después), Vilar nos presenta unas biografías condensadas y repletas de datos de los seis obispos que en el siglo XX se suceden en el gobierno de la diócesis: el escolapio Vicente Alonso y Salgado (1902-1931), que toma el relevo de Tomás Bryan y Livermore, y de quien destaca su labor renovadora, entre la tradición y la modernidad; Miguel de los Santos Díaz y Gómara (1935-1949), a quien el autor identifica con el nacional-catolicismo, sin dejar por ello de recordar su importante producción intelectual; Ramón Sanahuja y Marcé (1950-1965), a quien Vilar sitúa «entre la involución y el cambio»; Miguel Roca Cabanellas (1966-1978), «bajo el signo de la difícil aplicación de la normativa conciliar y de la apertura democrática de la Transición»; y, finalmente, dos obispos posconciliares, Javier Azagra Labiano (1978-1998) y Manuel Ureña Pastor (1998-2005). No señala el autor, si bien se desprende de dichas biografías, que ninguno de los prelados de la diócesis cartaginesa durante el siglo XX es natural de la Comunidad Autónoma murciana, algo

que no sucederá hasta el nombramiento del actual obispo, José Manuel Lorca Planes, nacido en Espinardo y desde 2009 titular de la sede de Cartagena.

El tercer y último capítulo del libro, «Instituciones, clero y proyección social de la diócesis», trata, en primer lugar, del Cabildo Catedral (dignidades, canónigos y beneficiados), esto es, lo que el autor califica como la «minoría dirigente» de la diócesis; en segundo término, de los sacerdotes diocesanos, de los Seminarios Mayor y Menor de la diócesis y su accidentada evolución, del impacto entre el clero del fenómeno secularizador, sobre todo en las décadas de los sesenta y los setenta, y de la proyección misional diocesana en Iberoamérica y África; después, del clero regular y conventual masculino y femenino, preferente pero no únicamente dedicado a la instrucción y a la beneficencia; y, por último, de lo que Vilar llama «proyección social diocesana»: el paso de la religiosidad popular tradicional al nuevo asociacionismo, la Acción Católica (y en particular la pastoral obrera y seglar), los nuevos movimientos (de los que hace una muy breve referencia) y, finalmente, la fundación (1996) y el desarrollo de la Universidad Católica de San Antonio.

El libro, que carece de conclusiones (en su «Introducción» afirma el autor que su obra es una síntesis que «tiene más de aproximación indicativa que de estudio acabado que aspire a recogerlo *todo*»), termina con unos utilísimos índices de fuentes y de bibliografía, de tablas y láminas, onomástico-analítico y topográfico.

Esta obra de Vilar, como todas las suyas, está basada en la consulta de una amplia documentación, la más importante, si bien no la única, la consultada en el Archivo del Obispado de Cartagena y en el Archivo Secreto Vaticano. Cita también una abundante bibliografía y aunque «es ante todo una visión globalizadora fundamentada en aportaciones previas, también contiene investigación propia y original en relación con asuntos concretos» (p. XV).

El libro cumple perfectamente los objetivos de su autor, pero no podemos dejar de señalar algunos aspectos susceptibles de mejora, fruto todos ellos de la aproximación sociológica que adopta Vilar. Se echa en falta, por ejemplo, una reflexión sobre la metodología sociológica más adecuada para abordar las cuestiones religiosas (no hubiera estado de más una alusión a la perspectiva, ya clásica en este punto, del canónigo francés Gabriel Le Bras); se utilizan ocasionalmente expresiones que, ya en el ámbito de los estudios políticos, pero mucho más en el de los religiosos, son clichés poco apropiados, como la dicotomía «conservador/progresista»; y, aunque el breve libro de Vilar está lleno de datos útiles (no solo, por ejemplo, sobre los obispos; también contiene unas interesantes microbiografías de los deanes catedralicios y de las cuatro murcianas fundadoras de institutos religiosos), queda todavía mucho por hacer para conocer bien la práctica religiosa de los murcianos. Para alguna fecha concreta se da, por ejemplo, el porcentaje de sacerdotes diocesanos en relación con la población total de la diócesis, pero no se estudia la evolución de este porcentaje a lo

largo de todo el siglo; tampoco conocemos el grado y la evolución a lo largo del tiempo del cumplimiento pascual de los murcianos, puesto en relación con la evolución a lo largo del siglo de la población; para el número de seminaristas y de sacerdotes y su nivel de perseverancia Vilar ofrece tanto datos producto de su propia investigación como de la de otros autores, pero unos y otros no siempre coinciden; por último, se ofrece una lista completa de las comunidades religiosas existentes en la diócesis en 1997, pero carecemos de información sobre su evolución al largo del siglo.

No obstante, y con esta observación concluyo mi necesariamente breve reflexión, el libro del profesor Vilar debe ser, tomado en su conjunto, juzgado como muy positivo. Como el autor afirma en su «Introducción», su obra estimula al especialista a «nuevas posibles lecturas e indagaciones sobre temáticas concretas». Cuando contemos con ellas será posible también comparar el caso de Cartagena con el de otras diócesis españolas y extranjeras durante la pasada centuria.

Ignacio OLÁBARRI
Universidad de Navarra